

J. G. A. POCKOCK

PENSAMIENTO POLÍTICO E HISTORIA

Ensayos sobre teoría y método

Traducción de:
Sandra Chaparro Martínez



INDICE GENERAL

<i>Prefacio</i>	5
<i>Agradecimientos</i>	15

PRIMERA PARTE EL PENSAMIENTO POLÍTICO COMO HISTORIA

I.	LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO: UN ESTUDIO METODOLÓGICO (1962)	19
II.	IDEAS EN EL TIEMPO (1971)	35
III.	LA VERBALIZACIÓN DE UN ACTO POLÍTICO: HACIA UNA POLÍTICA DEL DISCURSO (1973)	49
IV.	LAS IDEAS POLÍTICAS COMO SUCESOS HISTÓRICOS: LOS FILÓSOFOS POLÍTICOS EN TANTO QUE AGENTES HISTÓRICOS (1980).....	67
V.	LA RECONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO: HACIA UNA HISTORIOGRAFÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO (1981).....	81
VI.	EL CONCEPTO DE LENGUAJE Y EL <i>MÉTIER D'HISTORIEN</i> : REFLEXIONES EN TORNO A SU EJERCICIO (1987).....	101
VII.	LOS TEXTOS COMO ACONTECIMIENTOS: REFLEXIONES EN TORNO LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO (1987).....	119

INTERMEZZO

VIII. QUENTIN SKINNER: LA HISTORIA DE LA POLÍTICA Y LA POLÍTICA DE LA HISTORIA (2004)	135
---	-----

SEGUNDA PARTE LA HISTORIA COMO PENSAMIENTO POLÍTICO

IX. LOS ORÍGENES DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL PASADO: UN ENFOQUE COMPARADO (1962)	157
X. TIEMPO, INSTITUCIONES Y ACCIÓN: UN ENSAYO SOBRE LAS TRADICIONES Y SU COMPRENSIÓN (1968).....	199
XI. EL HISTORIADOR COMO ACTOR POLÍTICO EN EL SENO DE LA COMUNIDAD, LA SOCIEDAD Y LA ACADEMIA (1996)	229
XII. LA POLÍTICA DE LA HISTORIA: LO SUBALTERNO Y LO SUBVERSIVO (1998)	251
XIII. LA POLÍTICA DE LA HISTORIOGRAFÍA (2005)	269

EL CONCEPTO DE LENGUAJE Y EL *MÉTIER*
D'HISTORIEN: REFLEXIONES EN TORNO
 A SU EJERCICIO*

En este artículo intentaré describir el ejercicio de la profesión de historiador y hablar de lo que implica. Difícilmente se puede verbalizar una práctica sin la ayuda de una teoría y dando por sentado que, de una forma u otra, todos estamos comprometidos en una práctica común, espero poderme mantener al margen de las metateorías. No quiero exponer ni defender una teoría general del lenguaje aludiendo a cómo se aplica en política o en historia, ni dar cuenta del tipo de historiador al que describo en tanto que agente o actor histórico¹. No niego que son problemas reales que alguna vez tendremos que tomar en consideración. Lo que propongo es que dejemos que afloren, si es que afloran, a partir de lo que digamos sobre lo que decimos los historiadores. Tal y como yo lo entiendo, el *métier d'historien* es un arte o una praxis. Para mí, mi vocación y la forma en que experimento la historia y la acción en la historia son algo personal. Con mi método intento descubrir algo sobre ese discurso general que todos compartimos.

Empezaré por la palabra. Entiendo que el concepto de lenguaje político implica que, lo que antes (y por convención aún ahora) denominábamos historia del pensamiento político, se ha convertido en la historia del discurso político. Evidentemente, los actores de nuestra historia se dedi-

* [Publicado en Anthony Pagden (ed.), *The Language of Political Theory in early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 19-38.].

¹ Soy consciente de que en inglés, los pronombres utilizados suelen ser los masculinos y que hemos encontrado la forma de superar este prejuicio. Pienso en colegas como Judith Shklar, Caroline Robbins, Nannerl Keohane, Margaret Jacob, Joyce Appleby, Lois Schwoerer, Corinne Weston y muchas otras más que exigen igualdad en este aspecto y cuyo número no puede ser ignorado. [Katherine Clark, Janelle Greenberg, Kirstie McClure, Anne McLaren, Linda Levy Peck, Julia Rudolph, Hilda Smith, Patricia Springborg, Rachel Weil, Melinda Zook... no hay por qué esperar al día del juicio final.]

caban a pensar, a veces con gran tesón. Muchos pertenecían a clerecías o *intelligentsias* especialmente entrenadas para pensar de formas diversas. Pero para dotarles de historia a ellos o a su pensamiento debemos adscribirles una actividad o una acción continuada que conste de cosas que han ocurrido y cosas que se han hecho, de acciones y formas de actuar incluidas las condiciones en las que se actuó. Condiciones que, por lo demás, se ven directa o indirectamente modificadas por los actos realizados en ellas y sobre ellas. Suponemos, por tanto, que nuestro campo de estudio consta de actos de habla orales, escritos o tipográficos así como de las condiciones o contextos en los que se llevaron a cabo estos actos. Pasando a nuestro concepto de lenguaje, sostenemos que uno de los contextos primarios en los que tiene lugar un acto de habla es el del modo de hablar institucionalizado que nos permite realizarlo en primer lugar. Todo lo que se diga, escriba o imprima ha de hacerse en un lenguaje; es el lenguaje el que determina lo que se puede decir si bien, es transformado a su vez por lo que se dice desde él. La interacción entre *parole* y *langue* es una historia en sí. Por mucho que se nos acuse de hacerlo, no estoy afirmando que el contexto lingüístico sea el único que dota al discurso de significado y de historia. Solo señalo que es un contexto que parece prometedor para empezar por él. Veremos en una página qué consecuencias puede tener que elijamos empezar por ahí en vez de por cualquier otro punto. Mientras tanto, no debemos dejar de insistir en que todo pensamiento debe verbalizarse si quiere llegar a tener una historia que se forme a través de la interacción entre el acto de habla y el lenguaje. Si aceptamos lo anterior habremos dado el primer paso, que no el último, *le premier pas qui coute*, para convertir a nuestra historia en una historia del discurso.

El lenguaje es un concepto proteico y divisible. Podemos utilizar la palabra «lenguaje» para referirnos a las grandes estructuras, étnicamente diferenciadas del habla humana (inglés, hopi o chino) aunque, por lo general, el historiador del discurso político no los considera «lenguajes políticos» en el sentido de que tengan una historia nacida de los actos de habla políticos que se realicen en su seno. No deberíamos olvidar el dato, ni sus implicaciones: el discurso político de la Europa renacentista era un discurso multilingüe. Los tratados políticos escritos parcialmente en lengua vernácula y parcialmente en latín, en griego y hebreo, tampoco son una rareza y podríamos preguntarnos si realmente se trata de lenguajes políticos diferenciados. También deberíamos prestar más atención a los fenómenos de traducción porque puede que la historia del *Leviatán* no sea la misma en inglés que en latín: la respuesta más probable será sí y no. Por lo general, no vamos a partir en nuestro análisis de los lenguajes étnicamente diversos ya que, cuando hablamos de los lenguajes en los que se expresa el «pensamiento político» o simplemente de «lenguajes políticos» tampoco pensamos en ellos. Lo que nos preocupa son los idiomas, retóricas, vocabularios especializados y gramáticas, todas aquellas moda-

lidades de discurso o formas de hablar de política creadas, difundidas y, lo que es más importante, utilizadas en el discurso político de la Europa renacentista. Permítanme, no obstante, señalar la existencia de un riesgo obvio. Queremos estudiar los lenguajes, no los enunciados o formulaciones que surgieron en su seno. Pero si los límites entre *parole* o *langue* se hacen muy fluidos puede confundirse cualquier enunciado perdurable, dotado de un estilo personal, con el lenguaje básico en el que se formula. En principio, para que podamos hablar de un nuevo «lenguaje», dos autores deberían poder realizar actos de habla con él. No estudiamos el texto sino el lenguaje en tanto que contexto.

Por lo tanto, cuando hablamos de «lenguajes» nos referimos generalmente a sublenguajes. Idiomas, retóricas, formas de hablar sobre la política, juegos de lenguaje discernibles que pueden contar cada uno con un vocabulario, unas reglas, unas condiciones previas, unas implicaciones, un tono y un estilo propios. Un lenguaje puede contener un número indefinido de ellos que encontramos incluso en un texto «monóglota», pues estas formas de hablar, por mucho que difieran, no suelen excluirse mutuamente. Por un lado parecen paradigmas porque moldean el pensamiento y el discurso impidiendo que estos adopten otra estructura. Pero no podemos afirmar que se trate de paradigmas si eso implica que se ha llevado a cabo, con éxito, un proceso de preclusión. En cuanto se suscitó la duda de si este proceso era un rasgo esencial del «paradigma» empezó a resultar incómodo usar el término. Hay lenguajes que acaban con otros pero el discurso político típico tiende a ser políglota como el discurso de la caverna de Platón o el que recoge la «confusión de lenguas».

El historiador del discurso político se enfrenta a estas realidades en el ejercicio de su profesión² y dedica mucho tiempo a estudiar los «lenguajes», idiomas, retóricas o paradigmas en los que está formulado el discurso mientras analiza los actos de habla que han tenido lugar en el seno de estos «lenguajes» o de un lenguaje formado a partir de ellos. Aunque no sea estrictamente necesario, lo normal es que estos actos de habla estén entreverados en los textos que suelen proceder de autores de los que puede hablarse en el mismo texto o en otras fuentes. El historiador puede ir de la *langue* a la *parole*, del aprendizaje del lenguaje a la constatación de que se han realizado ciertos actos de habla en su seno. Después puede preguntarse por los efectos que pudieran haber generado estos actos sobre las circunstancias y conductas de otros agentes que usaban esos lenguajes o estaban expuestos a ellos, sobre todo al lenguaje en el que se realizó el acto.

² Para redactar los próximos cinco o seis párrafos y algún otro punto aislado del texto me he basado en el material que recopilé para unos seminarios celebrados en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de California (campus de San Diego) en la primavera de 1983. Quisiera agradecer a Tracy Strong y Charles Natanson entre otros, sus comentarios y sus críticas.

De lo anterior podemos deducir ciertas consecuencias. Primero: la historia que escriba será marcadamente *événementielle* porque lo que le interesan son los actos realizados así como los contextos en los que tuvieron lugar y que se intentaron modificar. El contexto lingüístico se mueve casi siempre, aunque no exclusivamente, en la *moyenne durée*. La *longue durée* solo interesa al historiador cuando se verbaliza, invadiendo el terreno de la *moyenne durée*.

Segundo: la historia resultante estará basada en textos, en enunciados impresos o escritos y las respuestas que suscitan. De hecho, como veremos, el historiador conoce a la mayoría de los lectores que analiza porque se acabaron convirtiendo en autores. Es una historia del discurso y de la acción más que de estados de conciencia (aunque a veces también sea eso). Solo analiza la historia de las *mentalités* si está articulada en el discurso que se critica y en torno al que se polemiza en público, es decir, a nivel de una conducta bastante sofisticada y de un cambio relativamente dinámico. El análisis de las mentalidades (un objetivo loable) sumergirá al historiador en la *moyenne* y *longue durée*, y puede haber elementos que no afloren en absoluto a la superficie del discurso. Para encontrar pruebas de su existencia tendremos que recurrir a otro tipo de profesional. A nuestro historiador no le avergüenza la división del trabajo.

Tercero: es una historia retórica más que gramática, que analiza el contenido afectivo y eficaz del discurso y no su estructura. Se trata de una cuestión de prioridad y de énfasis. Puede que el historiador tenga que analizar la gramática y la estructura del discurso aunque sepa que, a otro nivel, podemos reconocer las estructuras latentes que se utilizan en la retórica o se discuten en la teoría. Es el nivel de la *longue durée* y no desea explorarlo, no porque no lo crea posible, sino porque, en su opinión, es tarea de otros. No está seguro de que lo que haya a una profundidad en la que no nadan organismos autopropulsores sea historia. Puede que sea «bato-física» [*bathyphysics*] y él tiene que pescar su propio pez y contar sus propias historias, lo que en su universo equivale a narrar lo que hizo y padeció Alcibíades, o lo que un recadero dijo a otro.

Este historiador tiene mucho de arqueólogo. Intenta desvelar la presencia de diversos contextos lingüísticos en los que, en alguna ocasión, se gestaron discursos. Basándome en mi propia experiencia, volveré sobre esto más tarde, he de decir que se acaba acostumbrando a encontrar diversas capas de estos contextos en un mismo texto y se sorprende y deleita constantemente al descubrir los lenguajes con los que se acaba familiarizado en otras fuentes, en textos más conocidos en los que no se había detectado su presencia hasta el momento. Estos descubrimientos no siempre elevan su respeto por los que leyeron los textos antes que él. Va cobrando conciencia de todos los lenguajes que va descubriendo leyendo exhaustivamente textos de todo tipo. Tras un tiempo, detecta su presencia y los «aprende» como se «aprende» cualquier otro lenguaje: por ejemplo,

adquiriendo un mayor hábito de lectura de estos textos (aunque no hable o escriba sobre ellos) llegará a conocer³ qué se puede decir en el lenguaje en cuestión y cómo se expresan las cosas con su ayuda. Debemos prestar atención a los problemas de historicidad e interpretación que se nos plantean en este punto pero, la temática de este libro nos obliga a contestar primero a la pregunta de cómo podemos concretar estos lenguajes, retóricas o idiomas, de cómo podemos convertirlos en fenómenos históricos.

Cuando busco ejemplos de los tipos de lenguajes en los que estoy pensando, lo primero que me viene a la cabeza (no en el sentido de paradigmático o primario sino en el de típico) podría ser: el lenguaje de la escolástica medieval o de la emblemática renacentista o de la exégesis bíblica, el *common law*, el derecho civil romano, el republicanismo clásico, el republicanismo radical. La lista es un reflejo de mis propios estudios pero estos siempre me llevan a procurar trascenderlos. Algunos de estos lenguajes están muy institucionalizados, se aprecia inmediatamente que los utilizan comunidades concretas en el ejercicio de su profesión y que articulan sus actividades y prácticas institucionales en torno a ellos. Cuando analizamos qué tipo de discursos se imponían en el Renacimiento conviene recordar que casi todos fueron formulados por clérigos y juristas y adoptaron la forma discursiva que estos estaban en condiciones de imponer a otros. Porque las clerecías no se dirigen solo a sus propios miembros sino que imponen sus esotéricos lenguajes a una gran variedad de audiencias, seglares y legas, a veces en contra del deseo expreso de estas. Así, la creación y difusión de lenguajes es, en gran medida, una cuestión de autoridad clerical: la historia de cómo los profesionales de las letras acabaron dirigiendo los asuntos de otros, y de cómo obligaron a los demás a debatir en lenguajes que ellos habían creado. Pero también es la historia de cómo legos y seglares se apropiaron de lenguajes profesionales para aplicarlos a fines no relacionados con la profesión; de cómo han utilizado idiomas de diversas fuentes hasta el punto de modificar los efectos que producen y formulado retóricas hostiles a otros lenguajes que querían imponérseles. Trabajando en esta línea empezamos a reconocer el uso antinómico del lenguaje: ese uso que hacen los gobernados del lenguaje de los gobernantes para vaciarlo de significado e invertir sus efectos. La apropiación y la expropiación son dos aspectos importantes que debemos estudiar. Lo digo porque, aquellos a los que nunca podré contentar, me acusan continuamente de restarles importancia.

Es importante que el lenguaje político se estudie a partir del que hablan los gobernantes que son los que tiende a articular en él sus intereses y a cargarlo de prejuicios que les favorecen. Pero conviene no olvidar que cuanto más institucionalizado esté un lenguaje y más público sea, más

³ [Debía estar pensando en la expresión de Oakeshott «llegar a conocer»; puede que hubiera hecho mejor usándola. Véase *supra*, p. 20.]

asequible resultará a cualquier usuario que desee articular en él una serie de intereses. La diversificación tendrá su origen en el seno del grupo gobernante que, por lo general, es muy dado al debate, pero puede que no trascienda más allá del ámbito de la clerecía o profesión original. Existen casos en los que un lenguaje se ha difundido incluso más allá de la relación existente entre gobernantes y gobernados de la que surgió: casos en los que otros gobernantes acaban dirigiéndose en él a otros súbditos. Probablemente se trate de gobernantes que no están seguros de a quién gobiernan, o de súbditos que tampoco saben a ciencia cierta quién les gobierna o con qué autoridad, e incluso lo pueden utilizar revolucionarios en su intento de acabar con el gobierno en general. Contamos con muchos ejemplos de la Europa renacentista que reflejan incluso esta última posibilidad. La difusión de un lenguaje puede ser una historia muy distinta a la de su creación.

El historiador del lenguaje político descubrirá que el lenguaje tiene una política propia. Pero si incide en este extremo, por muy importante que sea, debe abandonar esa tarea de descubrir los lenguajes latentes en el texto que tiene delante que estoy describiendo. El historiador constatará que algunos de los idiomas que afloran en el texto son los lenguajes de corporaciones profesionales en los que se articularon esas prácticas que las hicieron poderosas y dotaron de autoridad a su discurso. Como sabemos, pueden imponerse a otros, incluso a una sociedad entera. Pero su labor no acaba aquí. No ha de distanciarse mucho para toparse, por ejemplo, con el lenguaje de los libros sagrados o de mayor autoridad (la Biblia, el Órganon, el Códex, el Talmud, el Corán, los Seis Clásicos) y el de los que formulan en él sus discursos. Si lo que le interesa es el lenguaje y la actividad lingüística de los miembros de las corporaciones o de los exégetas profesionales más autorizados, las cosas no serán muy distintas. Pero puede que tenga que vérselas con toda una red o comunidad de hombres de letras, profesionales o no, con autoridad o arribistas, que utilizan el lenguaje de las corporaciones profesionales sin pertenecer a ellas necesariamente y son capaces, en primer lugar, de adaptar esos idiomas o retóricas para que cumplan ciertos objetivos en su propio discurso y, en segundo lugar, de crear y desarrollar idiomas y retóricas propias. En este caso comprobará que trabaja con idiomas, no tanto surgidos de la práctica profesional, como de la retórica del discurso: unas modalidades de discurso formuladas a partir de la discusión de temas y problemas concretos, o de la adopción de estilos de discurso que perpetúan el estilo de autores poderosos e idiosincráticos: un Burke o un Hegel, un Leo Strauss o un Michael Oakeshott. Ya se habrá institucionalizado a algunos de estos autores y se les considerará autoridades al servicio de los propósitos de los exégetas profesionales. No será el caso de otros, pero la importancia histórica de un autor no se mide solo por su éxito en la creación de una modalidad de discurso. ¿Podemos pensar en algún ejemplo de alguien que escribiera en

idioma hobbessiano después de Hobbes, sobre todo en inglés? Lo cierto es que el historiador ya no se enfrenta a los lenguajes de una serie de clerecías profesionales, sino a una única comunidad de discurso múltiple que practica una actividad a la que solo podemos calificar de retórica o literatura. Debemos aceptar que, aunque podamos subdividir el lenguaje de la política en una multiplicidad de sublenguajes o idiomas, es el discurso mismo el que, a partir de su propia actividad, gesta estos idiomas desde dentro. También sabemos que toma elementos prestados y se ve invadido por el discurso de comunidades ajenas. El periodismo, las *belles-lettres* y la economía clásica invadieron la fábrica del discurso político inglés de la primera mitad del siglo XVIII. Pero también se formulaban el idioma de Burke y el de Bentham (creado mucho más deliberadamente). En realidad, no eran más que mutaciones en los modelos cambiantes de la retórica política o el discurso, sobre todo el primero.

Por lo tanto, los estratos de lenguaje que nuestro arqueólogo-historiador saca a la luz, son de lo más heterogéneo. Los hay que son lenguajes profesionales o técnicos que se han introducido en el discurso político por alguna razón y llegan a ser el idioma en el que este se formula. En otros casos se trata de idiomas, modalidades retóricas o estilos que entendemos mejor teniendo en cuenta que surgieron en el seno del discurso y la retórica política: el resultado de los movimientos y actos realizados por autores y actores en su seno. Si damos mucha importancia a los autores se la tendremos que dar a la estructura social para que quede claro que buscamos el discurso articulado por sacerdotes, juristas, humanistas, profesores y, quizá, laicos y herejes definidos por su exclusión de alguna de las categorías anteriores. Si damos mucha importancia a los actores, también habremos de dársela al discurso y buscaremos un discurso formulado por personas continuamente implicadas en el debate y la discusión, teoría y retórica, realizando actos de habla en un contexto que es el discurso mismo. El significado que demos a la creación y difusión de los lenguajes políticos variará según sea la perspectiva que adoptemos; ambas son igualmente legítimas. La generación social de lenguajes implica una serie de prioridades, la generación retórica, otras. Pero el historiador que va descubriendo capa a capa los lenguajes que componen un texto, no puede descartar ninguna. Al menos para él, no son categóricamente diferentes.

Podemos situar estos lenguajes en un espectro que va de los lenguajes más institucionales y foráneos a los más personales e idiosincráticos. Aunque, como veremos, ambos polos no son excluyentes. Sin embargo, a medida que nos acercamos al segundo de los polos, nos aproximamos al problema de qué significa hablar de un lenguaje en tanto que fenómeno histórico identificable. Es decir, cuanto más nos acercamos a estilos de expresión individuales, creados por individuos identificables en situaciones identificables, mayor peligro corremos de confundir *parole* con *langue* e interpretación con identificación. Si no queremos reducir la historia

de un texto a la de nuestra propia interpretación, no deberíamos decir que hemos «encontrado» un nuevo lenguaje por el mero hecho de habernos topado con un estilo individual que tiene sus propias implicaciones y sugiere prácticas propias. Y mucho menos por haber hallado un estilo en el que podamos leer lo que dicen los autores del pasado y atribuirle modelos y niveles de significado. Parto de la base de que nuestro historiador quiere tener la certeza, en la medida de lo posible, de que un «lenguaje», o un «contexto lingüístico» que dice haber descubierto o desvelado existía *eigentlich* antes de que él lo descubriera. Busca la forma de demostrar que no inventa porque sabe que *invenire* puede significar tanto hallar como fabricar, y puede hacerlo de diversas formas.

El historiador afirma que no se ha «inventado» el lenguaje en cuestión debido a que: 1) puede demostrar que distintos autores realizaron diversos actos de habla en el mismo lenguaje, debatiendo entre sí en su seno y utilizándolo como medio y como modalidad discursiva; 2) puede demostrar que se debatió en torno a su uso y se crearon lenguajes de segundo orden para criticarlo; en el caso ideal, que se le identificó explícita y verbalmente como el lenguaje utilizado (podríamos denominar a esto la prueba de *Monsieur Jordan*); 3) puede predecir las implicaciones, indicios, efectos paradigmáticos, problemas, etcétera, que planteará el uso de un lenguaje dado en situaciones específicas y demostrar que esos pronósticos se cumplieron o, lo que puede ser incluso más interesante, se falsaron (prueba experimental); 4) experimenta sorpresa y placer al descubrir un lenguaje familiar en lugares donde no esperaba encontrarlo (prueba del descubrimiento casual); 5) no toma en consideración lenguajes que no estuvieran a disposición de los autores analizados (prueba de anacronismo).

El historiador aprende un lenguaje para leerlo, no para escribirlo. Sus propios escritos no serán pastiches de los diversos lenguajes que ha ido aprendiendo, como en *The Sotweed Factor* de John Barth. Usará para la interpretación lenguajes que ha ido componiendo y ha aprendido a escribir, diseñados para desvelar y articular, en una especie de gigantesca paráfrasis, las premisas, indicios, etcétera, explícita e implícitamente contenidos en uno o varios de los lenguajes que ha aprendido a leer. En realidad participa en una especie de diálogo según la famosa fórmula de Collingwood: aprende un lenguaje para «reconstruir el pensamiento de otra persona», pero el lenguaje en el que expresa los resultados de sus reflexiones, no será el del otro sino el suyo propio. Es lo que le permite adoptar cierto distanciamiento crítico e histórico. El lenguaje del historiador cuenta con recursos propios para comprobar que se están interpretando adecuadamente las *paroles* de los demás y que esas *paroles* se encarnaron en una de las *langues* o en una de la selección y combinación de *langues* clasificadas por el historiador. Es una forma de criticar los argumentos de aquellos extremistas que abogan a favor de la intraducibilidad e imposibilidad

de leer los textos. El historiador es un especialista que puede sacar a la luz la diversidad de lenguajes en los que se escribió y leyó un texto, reconocer los lenguajes utilizados e identificar aquellos en los que nunca se pudo haber escrito o leído en una época concreta.

El historiador debe así ser capaz de reinstitucionalizar lenguajes: de demostrar que, lo que a primera vista podía parecer una forma de expresión de alto contenido idiosincrático era ya, o llegaría a ser, una fuente conocida por la comunidad discursiva, un «lenguaje disponible», como diríamos en nuestra jerga, que usaba y creía útil más de un actor de esa comunidad. El lenguaje (no el estilo) debe ser un juego oficialmente abierto a más de un jugador. Pero, si reconocemos lo anterior, cobra una gran importancia que fijemos claramente la diferencia, ya mencionada, entre la creación social y retórica y la difusión de los lenguajes. Cuando podemos demostrar que un lenguaje concreto surgió al margen del universo del discurso político, en el ejercicio práctico de una profesión, por ejemplo, y luego se politizó en circunstancias más o menos específicas, resulta más sencillo asumir que tiene un carácter institucional y casaba bien con los propósitos de varios de los actores del juego lingüístico, que cuando un lenguaje se origina en el seno del universo discursivo a través de los actos de habla, transformaciones de la retórica y estrategias adoptadas por los jugadores. En este último caso nos enfrentaremos al problema de cómo demostrar que fueron los actos de habla del autor los que dieron lugar a las instituciones lingüísticas, pues siempre habrá quien señale que, como cada movimiento es único, la institución en cuyo seno se realizaron los actos de habla que acaban modificándola, pierde visibilidad. Creo que deberíamos preguntarnos⁴ (y no defendiendo ninguna respuesta en especial), si la mentalidad basada en el *common law* inglés realmente era tan monolíticamente insular como yo creía en *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, publicado en 1957. Lo cierto es que esta crítica ha llevado a explicar la teoría de la *Ancient Constitution* menos como *mentalité* que como movimiento. Si como se defiende ahora, los ingleses del siglo XVII no estaban tan cegados por su insularidad como para no ser conscientes de la existencia de un derecho feudal y romano que aun gozaba de cierta autoridad en Inglaterra, la teoría de que nunca recurrieron a ellos debe haber sido algo menos que una premisa y algo más que una afirmación: un argumento al que oponer un contraargumento, un paradigma que se establece por la exclusión de su opuesto. Sir Edward Cooke, ese gran oráculo del derecho, no sería tanto la boca que expresa una *mentalité* articulada como un poderoso y exitoso defensor capaz de exprimir el lenguaje en sus alegatos, de declamar, escribir e imprimir

⁴ Se puede consultar la bibliografía recopilada en los escritos de Donald R. Kelley, G. R. Elton, Kevin Sharpe y otros. Me limito a citar *Natural Right Theories: their origin and development*, Cambridge, 1980. [Véase *supra*, p. 88 n. 7.]

para inducir a sus audiencias y lectores a adoptar una postura hacia la que, en cierto modo, ya estaban predispuestos (no estoy diciendo que la *mentalité* y la ideología no existan) y negar cualquier otra alternativa. El acto de habla sería esencial en relación al entorno lingüística.

Muchos se muestran a favor de una revisión que considero muy necesaria. No me inclino necesariamente por las explicaciones basadas en las mentalidades y defiendo que los entornos lingüísticos del Renacimiento no son monolíticos sino multilingües. Problemas de insularidad al margen, lo cierto es que atribuimos demasiado alegremente una *mentalité* cuando solo tenemos en cuenta las operaciones ordinarias que tienen lugar en el seno del lenguaje sin pensar en los actos de habla realizados en y sobre el lenguaje mismo: no debemos centrarnos en la *langue* a costa de la *parole*. Pero, en el debate historiográfico inglés, me encuentro con esa poderosa escuela de historiadores que entienden que no hay más realidad que la de la alta política y que todos los fenómenos históricos son reducibles a movimientos internos realizados por jugadores que juegan a la eterna aventura del gobierno oligárquico⁵. Si tuvieran razón, solo habría *parole*, no habría *langue*. El éxito o fracaso de cada movimiento se apreciaría en la *durée bien moyenne* del estado del juego, pero nunca en los contextos más duraderos de las estructuras sociales y lingüísticas. Yo quiero argumentar a favor de una historia del discurso situada entre la *parole* y la *langue*, entre el acto de habla y el contexto lingüístico y prefiero hacerlo revisando una teoría que planteé hace tiempo porque eso me da una perspectiva más amplia. Veremos cómo lo que yo presentaba como un lenguaje sin más puede verse como un proceso continuo de transformaciones desencadenadas por actos de habla.

Lo que nos devuelve a ese punto en el que la «creación y difusión de lenguajes» se considera algo que sucede, tanto en el seno de la actividad discursiva, como en la interacción entre discurso y fenómenos sociales. Para identificar aquellos contextos de lenguaje en los que tienen lugar los actos de habla, nuestro historiador debe ser capaz de identificar la creación de lenguajes en cualquier punto del contexto social y de seguir su difusión hasta que los lenguajes pasan a formar parte la actividad propia del discurso político. También debe demostrar, no ya que los actos de habla modifican el lenguaje, sino que conducen a la creación y difusión de nuevos lenguajes en el sentido al que hemos aludido aquí. Hay prácticas, actividades y contextos sociales que generan lenguajes. Pero la interacción entre *langue* y *parole* en el seno de un discurso incesante también

⁵ «La aventura sin fin» es el título de un ejemplo temprano –1912– de lo que quiero decir. Fue escrito por F. S. Oliver y trataba de la política inglesa de Harley a Walpole. Entre los profesionales posnamerianos cabe citar a G. R. Elton –a veces– y a Maurice Cowling –mucho más a menudo–. [Ha transcurrido algún tiempo y la escuela de la «alta política» ya no es ni mucho menos tan poderosa como era entonces.]

puede gestar un lenguaje. El segundo caso es una excepción, pero no un epifenómeno si consideramos que el lenguaje es una actividad incesante, que fija sus propias reglas, incluidas las que regulan el cambio de reglas. En el ejercicio de su oficio, nuestro historiador ha aprendido una serie de lenguajes que conforman los contextos en los que se realizan actos de habla. A continuación debe preguntarse en qué medida pueden los actos de habla modificar los contextos en los que surgen y si esas modificaciones pueden llevar a la creación y difusión de nuevos lenguajes y nuevos contextos. Por lo general, aunque no necesariamente, suele estudiar historia de la literatura, es decir, de un tipo de discurso plasmado por escrito o impreso que debe explicar como si fuera un suceso histórico. Se trata de *paroles* y actos de habla muy complejos, inteligibles en los términos de la *langue* de la que proceden, de los efectos que tienen sobre esas *langues* y sobre los mundos en los que se las escribía y expresaba. Una parte importante de la labor del historiador consiste en ver cómo estas *paroles* pueden modificar las *langues* y cómo, en ciertos casos, ayudan a crear y difundir nuevos idiomas discursivos.

Hemos dicho que el historiador cumple el papel de un arqueólogo, desvelando los lenguajes o idiomas utilizados en el discurso y comentando los diversos estratos contextuales de los que consta un texto. Podemos demostrar que fue así como se elaboraron los textos, y también que se realizaban actos de habla en todos los estratos a la vez. Son idiomas que proceden de una gran diversidad de fuentes, sociedades y momentos históricos que ya no existen (lo que puede ser de interés para analizar el incremento de la autoconciencia histórica). Cada idioma está especializado en la gestación de actos de habla y la transmisión de mensajes concretos. Pero cuando debaten personas y rétores competentes pueden entreverar estratos e idiomas en un único texto y en un único discurso, continuo y complejo. Cuando esto sucede el texto realiza diversos actos simultáneamente y el historiador deja de ser un arqueólogo para preguntarse si la serie de actos está unificada o es plural y heterogénea. No son posibilidades excluyentes desde muchas perspectivas, la histórica incluida. Imaginemos que un autor con la suficiente autoridad, se pasa el día tejiendo como Penélope, fabricando un tapiz de estampado único con los idiomas a su disposición. En este caso, los lectores (que no tienen por qué ser tan sofisticados como el autor) harían lo que Penélope por las noches, deshacer el tapiz reduciéndolo a un conjunto de idiomas y enunciados. Hay autores lo suficientemente sagaces como para anticipar y explotar las reacciones de sus lectores, pero sospechamos que nunca ha habido uno que haya sabido prever todas las reacciones suscitadas por su texto. Desde el punto de vista histórico, tanto el futuro como el pasado de un texto nos dan motivos para hacer hincapié en la gran diversidad y heterogeneidad de actos que se pueden estar realizando o pueden haberse realizado en su seno en el pasado. Para el teórico político esto significa que el lenguaje es

esencialmente ambivalente. William Connolly⁶ planteó el problema afirmando que el lenguaje constaba de proposiciones criticadas. Para el historiador esto significa que cualquier texto puede ser el actor de una serie indefinida de procesos lingüísticos, de interacciones entre los enunciados y el contexto. Quentin Skinner hizo muy bien utilizando un pasado imperfecto y continuo cuando explicaba que debíamos averiguar «lo que estaba haciendo» un autor cuando publicaba un texto⁷. Porque si lo que estaba haciendo favorecía e incluía el acto que quería realizar puede que sus intenciones y actuaciones hayan sido diversas y divergentes, pero «lo que resulta que estaba haciendo» tal vez esté muy lejos de lo que pretendía hacer. La historia se compone en gran medida de actuaciones involuntarias y cuando describimos el paso de la intención a la acción, debemos usar el pretérito imperfecto y el condicional.

En este punto nuestro historiador ya no es un arqueólogo porque ahora busca los medios para demostrar cómo actúa la *parole* sobre la *langue*. Le suponemos capaz de demostrar que todo texto se preparó y realizó en una gran diversidad de idiomas, cada uno de los cuales constituía una forma de expresión convencional y tenía la fuerza de un paradigma. A partir de aquí y teniendo en cuenta que conoce la situación histórica y los contextos en los que se encontraba el autor y a los que se referían sus formulaciones, puede dar cuenta de toda una serie de actos de habla que texto y autor pueden haber realizado o pretendido realizar. Todos ellos tuvieron lugar en algunos de los idiomas del texto o en todos ellos, y el profesional debe proceder a diferenciar entre los más rutinarios, los enunciados que expresan convenciones, y los más específicos: los que aplican esas convenciones.

Constatamos que están teniendo lugar dos procesos diferentes cuando se aplican las convenciones, directivas y paradigmas de un lenguaje político en circunstancias históricas y políticas distintas a las que la convención presupone. En primer lugar, se escancia vino nuevo en botellas antiguas. Las nuevas circunstancias y los problemas que generan para el pensamiento y la acción, se asimilan a los previstos en las convenciones antiguas para que podamos seguir regulándonos por ellas. Como decía Sir Edward Coke, que entendía muy bien la situación, de los nuevos campos debe brotar trigo nuevo. Al historiador le fascinará este proceso porque le permite desvelar las premisas en las que se basaba un lenguaje antiguo, le brinda información sobre el tipo de universo en el que creían vivir las gentes de esa época y le permite juzgar las situaciones históricas en las que se gestó y utilizó. No es tan rigurosamente historicista como para dar por

sentado que verter vino joven en botellas antiguas tiende a generar falsas conciencias y siempre es un error. A veces las genera y otras no, y hay paradigmas y lenguajes que permanecen estables durante largos periodos, incluidas épocas de cambio. También se da el proceso contrario; las nuevas circunstancias producen tensión en las convenciones antiguas, se usa el lenguaje de formas nuevas, se lo modifica, y es muy posible que este proceso lleve a la creación y difusión de nuevos lenguajes, si bien no podemos especificar el significado exacto de esta frase. Nuestro historiador intentará estudiar las secuencias en las que parecen ocurrir estas cosas y merece la pena comentar dos puntos importantes.

En primer lugar, también se puede crear un nuevo lenguaje para intentar preservar otro antiguo. A veces, los que defienden el orden tradicional hacen deliberadamente hincapié en el proceso, el cambio y la modernidad, pero puede ser una estrategia para defender el orden tradicional y entra dentro de la lógica del concepto de tradición. En segundo lugar, debemos tener en cuenta que, puesto que un lenguaje puede gozar de mayor o menor difusión, seguramente variará mucho el número de actores que lo utilicen y la diversidad de los actos implicados en este tipo de procesos. A veces puede dar la impresión de que ciertos cambios en el lenguaje han recibido el visto bueno de una amplia concurrencia o surgen del consenso en los actos de habla realizados por tantos actores, en tantos entornos lingüísticos y con intenciones tan diversas, que preferimos pensar que se trata de cambios lingüísticos no intencionados: el resultado de la heterogeneidad de fines más que la obra de actores principales identificables que innovan la *langue* formulando *paroles*, agregativa o disgregativamente, e imponiendo a los demás estas innovaciones en un nuevo lenguaje. Por otro lado, la historia nos dice que existen actores así. A veces adquieren, con cierta celeridad, el estatus de autoridades a seguir o adversarios a rebatir. Y también puede ser que el lenguaje cambie por medio de las formulaciones de actores identificables y las respuestas que les dan otros no menos identificables. A veces esta imagen no deja de ser una ilusión historiográfica. Hemos seleccionado a individuos destacados y les hemos atribuido papeles representativos o de liderazgo que no siempre desempeñaron. La cosa cambia cuando quien les asigna estos papeles no son los historiadores sino los autores a los que estudian esos historiadores. Debemos buscar los medios para comprobar que Maquiavelo o Hobbes realmente cumplieron el papel en la historia que la convención les asigna. Pero también debemos averiguar cómo se producen cambios en el lenguaje político a partir de las formulaciones y respuestas de autores individuales. No podemos prescindir ni de la morfología de la *langue* ni del dinamismo de la *parole*.

Estamos pensando en un individuo que tiene algo sin precedentes que decir en y sobre una situación muy concreta, pero cuyas formulaciones se ven dirigidas y constreñidas por las reglas o convenciones de los lengua-

⁶ William E. Connolly, *The Terms of Political Discourse*, Princeton, Princeton University Press, 1983.

⁷ Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought, I: The Renaissance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, en la introducción (ed. cast.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno, I: El Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006).

jes a su disposición. Las directrices que imponen no encajan bien con los impulsos y limitaciones que, de un modo u otro, surgen de los problemas planteados por el autor. Puede que haya algo en la situación, conocido o desconocido (más o menos conocido para el que intenta expresarlo), de lo que sea difícil hablar de forma convencional. O puede tratarse de un dilema casuístico o forense que tal vez le hayan impuesto los actos de habla de sus adversarios en el debate. También puede ser que la idea (profunda y moralmente compleja, epistemológica o metafísica) que tenga de sí mismo y de los demás en una situación muy concreta le haya llevado a pensar en la necesidad de un cambio drástico en las convenciones y principios que rigen el lenguaje. Podemos pensar, y es importante que seamos capaces de pensar, que la *parole* es una respuesta a la presión que ejercen sobre el autor las *paroles* de los demás. Pero si queremos escribir la historia de la interacción entre *parole* y *langue* es importante que imaginemos que la *parole* es una respuesta a las convenciones de la *langue* utilizadas más o menos conscientemente. Los jugadores realizan actos de habla siguiendo las reglas del juego. A veces debaten sobre las mismísimas reglas del juego y crean lenguajes de segundo orden para poder hacerlo. Pero estos lenguajes también se rigen por normas que pueden renovarse y un cambio en esas reglas tal vez dé lugar a cambios en las normas que rigen la gestación de los actos de habla formulados en el lenguaje de primer orden. Un cambio en las reglas de los juegos de lenguaje cataliza el acto sobre cualquiera de los participantes en el juego. Pero eso sí, siempre son los jugadores los que actúan.

Aún no hemos explicado cómo se producen estas innovaciones y mucho menos cómo pueden dar lugar a la gestación y difusión de nuevos lenguajes. Resulta difícil clasificar las nuevas formas de *parole* que usa un hablante o autor innovador, no solo debido a la indeterminación del término «nuevo», sino asimismo a causa de la tremenda flexibilidad del lenguaje. Quentin Skinner nos ha acostumbrado a hablar en términos de autores que realizan un «movimiento» y el número y variedad de movimientos posibles es tan rico como las fuentes de la retórica misma. La Europa renacentista era una civilización profundamente imbuida de retórica. Pero este «movimiento» no lo provoca exclusivamente un adversario que sigue las reglas del juego, por sorprendente que sea su jugada. Puesto que nos movemos en la historia, bien podría ser que fuera un gesto individual el que alterara las reglas, como cuando William Webb cogió la pelota y salió corriendo con ella, o como cuando Sócrates o Hobbes sugerían que las reglas del juego no eran las correctas. Podemos decir que la innovación verbal es aquella que sugiere y, a ser posible, impone algún cambio en las convenciones o reglas del lenguaje político. Se puede proponer una alteración en los símbolos de valor, es decir, que lo que antes se consideraba malo se pase a considerar bueno y viceversa. O tal vez se

desea eliminar la discusión de un término o problema del contexto lingüístico en el que se había venido debatiendo convencionalmente y trasladarlo a otro contexto conocido que nunca se había considerado apropiado para ese debate. El uso que Maquiavelo hace del término «*virtù*» es un buen ejemplo de ambos tipos de «movimiento» y, por supuesto, pueden darse muchos otros. Solo quiero señalar que estos actos sugieren que la innovación de reglas y paradigmas puede tener lugar de forma implícita o explícita, abiertamente o de tapadillo, intencionalmente o involuntariamente y que mucho depende de la *Rezeption* y la reacción de los lectores. El lector y el intérprete también tienen a su disposición las fuentes de la retórica. Más de un autor se ha encontrado con que resultaba mucho más innovador de lo que quería o está dispuesto a admitir.

¿Cómo surgen los nuevos lenguajes a partir de las *paroles* innovadoras? Lo primero que debemos decidir es si estamos dispuestos a asumir que el proceso surge de actos concretos realizados por individuos específicos. Hay diversas formas de contestar a esta pregunta. Imaginemos que nuestro autor ha propuesto un cambio en las reglas del juego de lenguaje. Si obtiene la suficiente publicidad puede que el juego nunca vuelva a ser el mismo porque los que quieren mantener las antiguas reglas no lo hacen reiterándolas, como si no hubiera habido innovador alguno, sino criticándole y refutando sus propuestas. Los que responden a un adversario deben hacerlo en su lenguaje y aceptar sus premisas, aunque solo sea como preludio a un debate en el que se nieguen a aceptarlos. Un innovador lo suficientemente escandaloso que tenga eco, logra imponer un lenguaje nuevo y cambiar las reglas que rigen el juego lingüístico aunque, a veces no obtenga el resultado que esperaba. Algunos grandes innovadores como Platón y Marx crearon y difundieron lenguajes gracias a su éxito, al convertirse en autoridades. Otros, como Maquiavelo y Hobbes deben su renombre a haber sido grandes adversarios. Fue la necesidad de refutar sus argumentos la que hizo surgir nuevos lenguajes. Y debemos recordar que estos autores innovaban tanto los textos como los contextos. Las modalidades de discurso que sugieren parecen tener implicaciones novedosas porque se trasladan a contextos lingüísticos diferentes a aquellos en los que surgieron. Cuando se leen estos textos y se los critica, las *paroles* acaban afectando a la *langue*, incluso en contextos no previstos. Negar una intención no excluye un posible efecto.

Estamos hablando de cambios en el lenguaje: de la creación y difusión de un nuevo lenguaje en abstracto y singular. Cuando admitimos el término «creación y difusión de lenguajes», el uso del plural o del indefinido «un lenguaje», nos obliga a tomar en consideración un fenómeno más concreto. Los lenguajes, en este sentido plural, deben difundirse además de crearse. Deben convertirse en fuentes de actos de habla distintos a aquellos que los crearon. Son convenciones sujetas a la innovación y el cambio, en definitiva, *langues*, más que simples secuencias de *paroles*. No es

fácil averiguar cómo se institucionalizaron la retórica maquiaveliana y la antimaquiaveliana y llegar a saber cómo se convirtieron en idiomas que servían a los propósitos de otros que no eran ni Maquiavelo ni sus adversarios directos (si es que los tuvo). Parece haber al menos dos explicaciones posibles. Una es discursiva e implica que cuando «aprendemos» un lenguaje, en el sentido al que me refería páginas atrás, aprendemos a reconocerlo y a tomar nota de su presencia en los textos y contextos más diversos, algunos de ellos bastante alejados de los originales. El historiador estudia la difusión de un lenguaje en el ámbito de un discurso variable que se va ampliando. Llegará un momento en que estará en condiciones de afirmar que el lenguaje en cuestión no era un mero idioma utilizado por quienes participaban en un debate, sino una fuente cuya difusión la había puesto a disposición de audiencias más generales. De modo que se introdujo en el discurso de personas diferentes a aquellas a las que iba dirigido, asumiendo un papel tanto metafórico como paradigmático. Y en este punto debemos preguntarnos, ¿qué efectos pudo haber tenido que se discutiera un problema en un lenguaje que había surgido en el seno de un discurso social que mantenía que se trataba de un problema de cierto tipo? Los efectos debieron repercutir tanto sobre el lenguaje como sobre el problema.

Estudiar así la creación y difusión tiene la ventaja de que permite al historiador elaborar un mapa del campo discursivo para estudiar en él la acción y el cambio. La desventaja es que le confina (aunque el campo de estudio es tan extenso que difícilmente se puede hablar de confinar) a la historia de aquellos discursos de los que conservamos algún tipo de registro: a una historia compuesta de textos, literatura y disputas intradisciplinarias en la que las únicas réplicas que constatamos son las escritas y publicadas. De lo que no se deduce necesariamente que los únicos actores de esta historia sean los que publican, aunque suela ser así. Cuando los lenguajes que aprende el historiador aparecen en algún discurso privado escrito (si es que ha sobrevivido alguno), lo público invade lo privado. También pueden aparecer en las copias escritas de discursos orales que tanto proliferan en la historia de la Inglaterra renacentista: actas parlamentarias o de juicios públicos, los debates constitucionales del siglo XVII (Debates de Putney), etcétera. Y no olvidemos que, en estos casos, dependemos de la taquigrafía y de una imprenta bastante primitiva. Pero la historia del discurso entre los *literati*, la historia del texto que habla a otro texto, no nos introduce en la historia de la *langue* y la *parole* del universo del lenguaje de transmisión oral. No es fácil obtener pruebas pero las hay y cuando el historiador las encuentra se preguntará cómo interactuaron el mundo del discurso oral con el de la tipografía, la cultura popular y la alta cultura. Si se circunscribe al análisis del discurso culto, sabrá que estudia el discurso de grupos sociales limitados y poderosos, pero también será consciente de que esos discursos reflejan toda la versatilidad del discurso

público y se transforman merced a las presiones impuestas por la tipografía, la polémica y sus elevados niveles de autoconciencia. Obviamente, este tipo de análisis tiene sus limitaciones pero el debate entre los *literati* de los grupos gobernantes nos ofrece abundantes e iluminadoras críticas a los valores latentes que rigen ese orden concreto y puede que el historiador decida dedicar cierto tiempo a estudiar su historia.

Empezamos a vislumbrar una nueva gama de medios para estudiar la difusión e institucionalización de lenguajes: el análisis de las estructuras sociales y materiales por las que se diseminan. Contamos con técnicas como la *l'histoire du livre* que nos serán de gran utilidad para hacerlo. Saber cuántas copias de la *Encyclopédie* se compraron, cuándo y, si hay suerte, quién las adquirió, puede llevarnos a adquirir mucha más información⁸, aunque no tengamos forma de saber si los compradores leyeron los libros o cómo ni si articularon respuestas porque tenían alguna que dar. No debemos olvidar que puede que el lector compara el libro con otras intenciones. El historiador que utiliza este enfoque agudiza su conciencia de los espacios de comunicación, de los campos y estructuras en los que se crean y difunden los lenguajes políticos. Me atrevo a sugerir que intenta mejorar la geografía del discurso político de la Europa renacentista: de los territorios y fronteras por los que se difundían determinados lenguajes y en los que gozaban de autoridad ciertos paradigmas. El discurso público de un *pays*, estado o provincia puede basarse en una gramática, metafísica e ideología que se parezca o no a la de otros. En realidad podemos contemplar este asunto desde dos perspectivas diferentes: hasta el Jano inglés tenía dos caras. La cultura política era tanto regional como internacional y debemos imaginar lo que sucedía cuando se leía a Grocio en Londres, a Hobbes en Leiden, a Locke en Nápoles o a Montesquieu en Filadelfia. Pero no podemos solucionar este tipo de cuestiones reflexionando sobre la historia comparada de las culturas sino teniendo en cuenta que el discurso político se produce en una gran variedad de espacios y situaciones comunicativas. Los que leían el *Leviatán* en Londres en la década de 1650, vivían en el mundo de George Thomason, en medio de la explosión social y tipográfica y de una crisis revolucionaria que afectaba al discurso y las conciencias. Y, a pesar de todo lo que hayamos podido oír en sentido contrario, los que lo leían en los Países Bajos se encontraban en el entorno diferente, pero en modo alguno aburrido o neutral, de las aulas y salas de conferencias de las universidades, donde se leía y debatía sobre esta obra en latín. Ignoro si existió algún tipo de discurso panfletario en los Países Bajos similar al que Thomas Hobbes supo mantener vivo en Inglaterra. Lo que significa todo esto es que el *Leviatán* tiene muchas historias y

⁸ [Es una alusión directa a *The Business of Enlightenment* de Robert Darnton, Cambridge, MA, Belknap Press, 1979 (ed. cast.: *El negocio de la ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006).]

aparece en los procesos de creación y difusión de lenguajes en muchos contextos diferentes.

Como ya he señalado, el historiador de la creación y difusión de los lenguajes políticos, recrea la interacción entre *parole* y la *langue*. Le interesa la *parole* en la medida en que influye sobre la *langue*, porque contribuye a gestar cambios en la *langue* entendida como una estructura institucional del discurso público a disposición de actores muy diversos que se enfrentan en el universo del discurso con propósitos muy diferentes. Sé que esto no satisface ni satisfará nunca a quienes creen que el historiador de la *parole* debe ser capaz de demostrar cómo actúa en y sobre situaciones muy concretas compuestas de relaciones sociales y actos históricos. Pero no debemos caer en la falacia de lo indirecto allí donde nos basta con lo directo. Los actos de habla se ejercen sobre la gente y los textos influyen sobre sus lectores. El proceso puede ser sincrónico, cuando las reacciones de oyentes y lectores se producen casi de inmediato, o diacrónico porque la *parole* resulta muy eficaz para lograr que se acepten cambios en los usos, las reglas e implicaciones expresas o implícitas, de la *langue*. Al estudiar la creación y difusión de lenguajes nos implicamos en procesos diacrónicos por mucho que consten de actos que tienen lugar sincrónicamente. Los lenguajes son estructuras mediadoras muy poderosas y para actuar en y sobre ellos hay que actuar sobre la gente de manera directa. Pero para ello hay que alterar sus canales de mediación, aunque este sea un proceso lento e indirecto. Estudiamos los cambios que se producen en el discurso y las alteraciones que se generan en la práctica. Pero siempre hay un intervalo de tiempo suficiente para garantizar la heterogeneidad de los efectos.

LOS TEXTOS COMO ACONTECIMIENTOS: REFLEXIONES EN TORNO A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO*

El dramaturgo Tom Stoppard dio una vez una conferencia titulada «¿El teatro como evento o como texto?». En ella afirmaba que escribía sus obras para que fueran representadas por actores y que, cuando los académicos descubrían todo tipo de estratos de significado en los textos publicados, sentía como si unos funcionarios de aduanas estuvieran registrando su equipaje y él estuviera diciendo: «Tengo que admitir que está ahí, pero no recuerdo haber metido eso en mi maleta.» De acuerdo, pero al publicar un texto hay que dar por sentado que la obra se va a representar más de una vez y que el texto no desaparece cuando no está siendo representada la obra. Además, uno de los principios básicos del método histórico implica que podemos encontrar significados no buscados por el autor en cualquier texto o documento. Es, de hecho, lo que (siguiendo con la analogía dramática) nos permite representar la obra una y otra vez, atribuyéndole una serie de significados de los que carecía antes.

De modo que cuando Stoppard insiste en que no tiene sentido preguntar a un autor: «¿Qué significa esto?», el corolario obvio es que el actor al representar y el crítico al leer, siempre pueden hallar significados que el autor ignoraba que estuvieran ahí y que no se habían representado o discernido antes. El texto se convierte en una matriz o patrón en el que pueden ocurrir y ocurren toda una serie de eventos. Esta es una de las muchas razones por las que autores, actores y críticos suelen odiarse mutuamente de todo corazón. El autor que ha dado pie a que los eventos tuvieran lugar, tiene todo el derecho a sorprenderse (aunque no siempre a objetar) ante cualquier evento que pueda tener lugar en el seno de su texto. Habrá casos

* [Publicado en Kevin Sharpe y Steven N. Zwicker (eds.), *Politics of Discourse: the literature and history of seventeenth-century England*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1987, pp. 21-34.]